

VALDÉS DÍAZ-VÉLEZ, JORGE, *Bitácora de viajero*

---

Vámonos, inmóviles de viaje.

VILLAURRUTIA

Los premios hacen visible al poeta ante los ojos del gran público. Ganador de la Primera Edición del Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado, Jorge Valdés se asoma con la insólita elegancia de su persona y de su escritura sosteniendo la hermosa edición de su poemario *Mapa mudo*. Un espacio donde nombrar los lugares del viaje con el cuidado del niño que hace la tarea de geografía: los mapas mudos eran aquellos que nos entregaban en la escuela para imprimir la cartografía personal de nuestros periplos.

En el silencio de la obra continuada, Valdés no es nuevo en el estrépito de los premios. Suyos fueron el Premio Latinoamericano Plural en 1985, el Nacional de Poesía Aguascalientes en 1998, el Premio Internacional de Poesía Miguel Hernández-Comunidad Valenciana en 2007 y el Hermanos Machado en 2011. La suya es una poesía de Antologías, de libros que atraviesan el océano, una escritura viajera que se hace de noche, cuando el autor se despoja de los atributos de su cargo y traza en el mapa mudo de la oscuridad y el silencio los paralelos de su singular trayectoria. Miembro del Servicio Exterior de México, la diplomacia le ha llevado a Cuba, a Miami, a España, a los diferentes países que pueblan sus páginas y alimentan el viaje como metáfora del descubrimiento vital. Jorge Valdés Díaz-Vélez le pone nombre a los mapas desde que en 1985 con *Voz temporal* el autor iniciara su recorrido poético acompañado siempre de una madurez insólita en su originalidad, en su solidez formal.

La suya es una poesía que deslumbra al lector, en ella hay un tiempo detenido que nos lleva a la antigüedad clásica a través de las aventuras de los argonautas. En sus poemas se alzan las mujeres, las ciudades y los puertos del regreso entrevistados a través del tren, de la ventana de hotel, del ojo de buey del barco... Hay algo profundamente decadente en el recorrido que consigna el

poeta en su cuaderno de bitácora: los encuentros amorosos, eróticos, los paisajes detenidos, la lluvia que cae *sobre mojado* y da nombre al poemario tienen un eco de soledad acompañada. La experiencia personal se hace colectiva con el recuento del viaje, el viaje y su prolongación que es el poema, el poema de una exquisita factura clásica que sorprende por su perfección, por su cuidado. Jorge Valdés es un artesano del lenguaje que juega con la belleza del mismo para relatar una experiencia vital siempre evocada con el misterio y la bruma que acompañan al viaje a través del tiempo. La poesía de Jorge Valdés es un eco que navega por la brevedad del haikú japonés con la misma seguridad con la que vuelve a las raíces mexicanas de su particular árbol de la vida: la universalidad de su obra está plenamente enraizada en el país que le viera nacer en 1955 en Torreón, perteneciente al Estado de Coahuila. El tiempo, la muerte, la cantina, el alcohol escanciado como un cuerpo destilado, como una vivencia común, es apurado por el lector a flor de labios, con el don de la raíz y el ramaje del viaje. El poeta es una rama a merced del viento bien sujeto a la tierra a la que pertenece. Se trata de un recorrido vital siempre consciente que tiene, además, fecundos compañeros de viaje, los poetas que interpretan las cartas de navegación de los versos amados: José Emilio Pacheco, Bonifaz Nuño, Pessõa, Seferis...

Poeta diplomático a la manera de Octavio Paz y el chileno Pablo Neruda, el mexicano Jorge Valdés evoca en su poesía el recorrido inusual del viaje y la experiencia. En él *la oscura pureza de su forma* describe, con mirada de hombre atento, el tiempo que le toca vivir, gozar y sufrir, tanto el periplo vital de los desheredados de la tierra que recorre, como la delicadeza formal de la rosa que no es la rosa y se regodea en la recurrencia poética, en el *eco de las bóvedas* de esta tradición literaria que tan bien sabe manejar el poeta viajero... Pavesse, Rosario Castellanos, Pound, Drummond de Andrade, Octavio Paz, Leopardo, Gorostiza, J. L. Borges... leer a Jorge Valdés Díaz-Vélez es un exquisito viaje personal a través de la lluvia que no cesa, la lluvia que cae sobre mojado, que desdibuja los paisajes, los rostros y los cuerpos, que pronostica la límpida visión de un paisaje nuevo en el que las orillas y los versos se trazan en la misma simetría y decisión con la que el cartógrafo dibuja los mapas de un tiempo ya vivido, gozado y convertido en poema de ecos sostenidos.

*Sobre mojado*, la bella antología personal que edita la colección Abezetario es una hermosa *Carta de Relación* que nos devuelve a *Otras horas*, el hermoso libro cántabro anterior a la antología cacereña y que se cierra con unas reveladoras Notas en las que el poeta nos sitúa en el regalo inesperado de las dedicatorias, en la procedencia de los poemas –hay un bello regalo inédito titulado «Portbou» y en la generosa explicación de algunos conceptos extraños al lector no mexicano. Siempre atento a la cartografía del mapa mudo que rellena el niño aplicado en su tarea escolar, el poeta nos deja el eco sostenido de sus poemas, de sus brevísimos ecos orientales de haikú japonés. Se trata de un libro inusual, de un regalo ofrecido para el descubrimiento y el deslumbramiento. *Sobre mojado* nos muestra a un poeta que viaja por las rutas de sus ecos favoritos –Villaurrutia, Margarit, Gil de Biedma, Owen, Neruda, Baudelaire, Campana, Catulo, Homero...– con la

voz fecunda y madura de quien ama y practica la poesía con pasión y constancia. Leyendo a Valdés arribamos al puerto libre de la experiencia poética sintiéndonos más sabios y más confortados, agotados de viaje y descubrimiento. Son poemas trazados en el espacio y en el tiempo que retornan a Nezahualcóyolt con la precisión de una lira precolombina que nos devuelve al paisaje originario, a la sombra mexicana del árbol de la vida donde sueña un alebrije a su imaginario detenido. En la poesía de este poeta total, de este poeta cuya obra le consagra a despecho de los reconocimientos está contenido un continente, un mundo y unos mares de recorrer compartido. El privilegio del poeta es hacer del viaje bitácora contra el olvido, burlar el tiempo, a la muerte y al espacio con ese exquisito gesto de suprema elegancia con el que contempla la lluvia el poeta a través del cristal. Una lluvia que cae sobre el cuerpo mojado, sobre el trayecto que transcurre veloz. Leer a Valdés es un viaje prodigioso que tiene en la antología su más hermosa consecución, la llegada a un puerto seguro de escritura original, sorprendente, hermosa como el cuerpo al que retornar desde el origen con la suprema seguridad de que seremos bien recibidos.

Charo Alonso